

DETENIDOS-DESAPARECIDOS

**confesiones
de un
agente
de seguridad**

**INTENTARON OCULTAR EL CRIMEN,
UN TROZO MAS DE LA VERDAD
QUE NO PODRA SER ACALLADA**

CONTENTS
of the
Reports
of the
Commissioners

1984

Estimado amigo:

Presentamos a usted para su conocimiento y reflexión, la transcripción de una entrevista aparecida los días 7, 8, 9 y 10 de diciembre de 1984 en "El Diario de Caracas" de Venezuela, que contiene las declaraciones que el agente del Servicio de Inteligencia de la Fuerza Aérea de Chile (SIFA) Andrés Valenzuela Morales formulara a Mónica González, periodista de Revista Cauce. Este agente formaba parte de un comando represivo que actuó directamente en la detención, tortura, asesinato y desaparecimiento de varios detenidos desaparecidos, cuyos nombres se contienen en el artículo que acompañamos.

Creemos que es de su responsabilidad —al igual que la nuestra— leer, pensar, reflexionar y discutir estas declaraciones, tanto con su familia como con sus amigos, sindicato o cualquier organización a la que pertenezca.

Permítanos sugerirle toda su atención en el entendimiento de los procedimientos represivos que se utilizan, en la crueldad de las actuaciones de los agentes de seguridad y quienes les colaboran, en la degradación moral de quienes ejecutan estos actos, en las responsabilidades implícitas y explícitas tanto de los civiles como de los militares que participan o dan órdenes para la ejecución de tales actos, y como el conjunto de todos estos hechos va envileciendo a la sociedad en su conjunto.

Hoy conocemos a través de estas declaraciones una pequeñísima parte de una verdad total quizás aún más atroz, que las conciencias sanas y con principios morales no somos capaces de prever.

De ahí es que hoy, solicitamos de usted toda su atención y toda su solidaridad para con los detenidos desaparecidos.

La indiferencia de hoy día puede significar que usted sea la víctima mañana.

Esperamos que nos haga llegar las conclusiones de su análisis y reflexión por escrito, lo que ayudará a que entre todos resolvamos como enfrentar de manera civilizada las formas primitivas del fanatismo político-ideológico expresado en la represión.

Gracias,

AGRUPACION DE FAMILIARES
DE DETENIDOS-DESAPARECIDOS

Santiago, Diciembre de 1984

“Quiero hablar de detenidos-desaparecidos” dijo y su voz hizo eco en las paredes. En sus manos estrujaba un ejemplar de la revista Cauce, donde se denunciaban crímenes cometidos en la zona norte de Chile por los mismos servicios de seguridad a los que él hasta ese día perteneció. Trémulo, ansioso, consciente de la desconfianza que inspiraba, las palabras salían de su boca a borbotones.

Éra uno de esos hombres que once años de régimen militar transformaron primero en carceleros, luego en torturadores y más tarde en asesinos. “Sin querer queriendo, me fui transformando”, susurró luego de unas horas, agobiado por el cúmulo de detalles relatados. Cientos de hombres pasaron por sus manos, por sus ojos y oídos. Muchos de ellos fueron salvajemente torturados, hasta la muerte. Otros, despojados de toda dignidad, obligados —al límite de la resistencia— a entregar a sus propios compañeros, fueron luego expulsados a la calle. Hombres sin hueso y sin alma. Una manera diferente de matar. Todos ellos dejaron sus huellas en Andrés Antonio Valenzuela Morales, miembros del servicio de inteligencia de la Fuerza Aérea de Chile, FACH.

El relato que a continuación se transcribe es un episodio más en una larga historia de once años de violencia, muerte y destrucción. Es una historia simple que involucra a centenares de personas. Muchas de ellas han esperado durante años que sus familiares —detenidos desaparecidos— regresen algún

día con vida. Este relato les cortará las esperanzas para siempre. Una historia simple que retrata en forma descarnada la crueldad de un régimen, el abuso de poder que transformó a campesinos, jóvenes ciudadanos de Chile, en vulgares asesinos al amparo de la autoridad.

Esta es la historia de Andrés Valenzuela y de todos aquellos que hicieron un día que quisiera “volver a ser un ser humano”.

¿Cuántos hombres y mujeres murieron mirando de frente a sus asesinos?

¿Cuántos murieron sin haber claudicado jamás, sabiendo que su testimonio quedaba en las manos de sus captores asesinos?

Este relato es una prueba fehaciente de que todos esos sacrificios no fueron en vano. De alguna manera cada uno de esos hombres aportó para que un día Andrés Valenzuela se dedicara y relatará lo que hasta hoy el régimen militar chileno ha intentado por todos los medios acallar.

Este es el mérito del relato de Andrés Valenzuela. Es el primero que compromete a muchos torturadores, asesinos, responsables de muertes fríamente planificadas. Es el primero también que entrega la verdad sobre algunos detenidos desaparecidos. Es el primero que penetra en el agobio y la desesperanza acumuladas en los hombres que dicen representar el poder. Muchos hombres más, como Andrés Valenzuela, esperan algún día tener la valentía de dar un salto y hablar, hablar...



LA PREPARACION

“Solo necesito hablar” musitó, mientras extendía su tarjeta de identificación militar número 66.650, válida hasta el 3 de septiembre de 1986.

—Quiero hablarle sobre cosas que yo hice, desaparecimiento de personas...

—¿Recuerda nombres?

—Sí. Los hermanos Weibel Navarrete por ejemplo.

—Explíquese. Usted está muy nervioso y la carga emocional que ambos tenemos es grande. No será fácil este trabajo pero es necesario que explique y con detalles. Grabaremos todo y después veremos lo que se publica. ¿Está de acuerdo?

—Me da lo mismo.

—Yo no quiero que a la salida lo maten.

—Va a suceder, pero al menos hablé.

—¿Cuándo entró a los servicios de seguridad?

—El año 1974. Llegué a hacer el servicio militar al regimiento de artillería Antiaérea de Colina. Allí seleccionaron personal para llevarlo a la Academia de Guerra, en la FACH, en la avenida Las Condes. En ese momento estaban terminando los procesos de los prisioneros. Al parecer, a mí los jefes me consideraban vivaracho y por eso creo me sacaron para trabajar en los grupos de “reacción”.

—¿Qué hacían los grupos de reacción?

—Acompañábamos a los que hacían allanamientos.

—¿Quién los seleccionó?

—Un instructor cuyo nombre no recuerdo. Pero él no tiene nada que ver porque la selección fue al azar, no más. Fuimos alrededor de 60 los seleccionados. Nos dividieron en dos grupos. La mitad se fue a trabajar a la Academia de Guerra; el resto, trabajamos directamente con prisioneros.

—¿En qué lugar?

—En los subterráneos de la Academia de Guerra.

EL PRIMER PRISIONERO

—¿Usted venía de Papudo?

—Sí. De ahí llegué a Colina y luego pasamos a depender de la Fiscalía de Aviación.

Nosotros pasamos a los subterráneos, el lugar donde estaban los detenidos. Era la primera vez que veía un prisionero. Creo que no lo voy a olvidar nunca.

—¿Por qué?

—Nos formaron y nos dijeron que lo que íbamos a ver teníamos que procurar olvidarlo y el que hablara algo... Empezaron las amenazas y uno, que era muy joven, se impactaba. Descendimos al sector de la cocina. Bajamos una escalera de caracol, que era como un vértice; había tubos. Me dio la impresión de ir como en un submarino, un barco. Cuando salimos, pasamos cerca de unos baños. Eramos seis o siete hombres que íbamos a relevar a los reservistas, los primeros conscriptos. Los otros eran sólo reservistas, gente que habían llamado a cumplir ese trabajo. Recuerdo que, al doblar, lo primero que vi fue mucha gente de pie, con esposas, algunos con uniforme de la Fuerza Aérea. El capitán Ferrada estaba entre ellos. Ese fue el primer impacto. Uno viene de un regimiento donde tiene que saludar a medio mundo. Todavía recuerdo que se rieron cuando le pregunté al oficial cómo me dirigía a Ferrada; si le decía capitán. El oficial me dijo: “¡No, h... son prisioneros! Están con uniforme porque no tienen otra ropa”.

Lo que más me impactó fue ver a unas mujeres detenidas. Estaban de pie, con unos letreros que decían: “De pie 24 horas” y firmaba el “Inspector Cabezas”. Después supe que Cabezas era el coronel Edgar Ceballos, en servicio activo todavía. Yo no entendía nada, hasta que el oficial me explicó que había que sentarse en la puerta de las piezas, con fusil, y “protegerlos”: es decir, impedir que conversaran. Había un reglamento interno que había que hacer respetar. La primera pieza que me tocó a mí fue la número 2; en ella estaban una señora de edad y Carol Flores, quien pasó luego a ser nuestro informante.

—¿Recuerda otros nombres?

—Se suponía que había prisioneros considerados de cierta importancia, y que podrían venir otros a rescatarlos. Por eso, las medidas de seguridad eran muy severas. Los reservistas pasaban junto a un prisionero y le decían: “A ver, h... párate, te quedai de pie”. Mandaban a sus presos como se les daba la gana. Yo comencé a preguntar por los prisioneros y decían: “Mira, con éste hay

que tener cuidado, porque es karateca. Es Víctor Toro". A mí me impactó mucho; lo había escuchado nombrar por los diarios, era famoso. Era como estar frente a un personaje conocido. Retamales había otro, Moreno. También conocí allí a Arturo Villabela Arauco, enyesado. Había caído en un tiroteo. Así terminó mi primer día en la AGA.

—¿Hizo turnos en la noche también?

—Sí, y me asusté mucho. Nos habían dicho que en caso que sonara la alarma toda la academia se oscurecía y se encendían unos reflectores. Había más ametralladoras punto 50 y desde ahí mismo alumbran los reflectores durante la noche. Una noche sonó la alarma. Teníamos orden de que, en ese caso, todos los prisioneros tenían que tenderse con las manos en la nuca (estuviesen como estuviesen, desnudos, heridos...). Si el oficial daba la orden debíamos disparar contra los prisioneros. Yo estaba frente a la pieza donde se encontraba la señora de edad, era la esposa de un diputado comunista, estaba con sus hijos...

—¿Se trataba de Jorge Montes?

—Sí, él era. Bueno; comencé a sonar la sirena, todo quedó oscuro y se encendieron unas luces. Los detenidos actuaban en forma automática. Esto lo venían viviendo casi a diario y, a veces, se hacía para probarlos. Esa noche vi que el oficial de turno tomó una granada, le sacó el seguro y empezó a pasarse con la granada por el pasillo. Miraba todo, trataba de controlarnos, ya que estábamos muy tensos. El decía: "Tranquilos, muchachos, si quieren rescatar detenidos, van a c..., porque van a morir todos; yo tiro la granada en el pasillo". Recuerdo que en esa oportunidad Flores dijo que no nos asustáramos, porque eso pasaba todos los días. Así comenzó el proceso. Yo hacía guardias diarias hasta que me sacaron para los grupos de "reacción".

LA CAPTURA DEL MIR

—¿Cuánto tiempo estuvo en la Academia de Guerra?

—No recuerdo exactamente, pero deben haber sido unos seis meses, más o menos. Luego nos fuimos a casas de seguridad.

—¿Qué pasaba con los detenidos de la Academia?

—Yo solamente hice guardias. Vi que les pegaban, los castigaban y, además continué participando en allanamientos.

—¿En qué consistían los castigos?

—En golpes y aplicación de electricidad. En realidad, nunca vi morir a nadie, pero nosotros estábamos aislados; no existía confianza para... En un enfrentamiento, sí, murió Molina, del MIR. Murió también un oficial del Ejército; de mala suerte, no más... En ese tiroteo yo participé. Fue la primera vez.

—¿Qué más recuerda?

—Había un hombre de cuyo nombre no me acuerdo, que intentó suicidarse. Tenía incluso la marca en la garganta: se había cortado con una botella o un vaso, en el baño. La verdad es que yo en ese momento era centinela no más, después me fui metiendo más.

—¿Cómo sucedió?

—Sin querer queriendo, fueron seleccionando gente y todas las veces me incluyeron.

—¿Sabía usted lo que estaba haciendo?

—Sí. Me daba cuenta.

—¿Y lo hizo?

—Tenía que trabajar en alguna cosa.

—¿Le había hecho daño a usted o a su familia, el Gobierno de la Unidad Popular?

—No, en nada.

—¿Qué edad tiene?

—28 años.

—¿Eso quiere decir que tenía 19 años cuando fue destinado a trabajar en casas de seguridad de la DINA.

—No, yo nunca estuve en la DINA. Perteneczo al SIFA, Servicio de Inteligencia de la Fuerza Aérea. En ese tiempo, teníamos problemas graves con la DINA, pensábamos que era inoperante. Por lo menos, así opinaban nuestros jefes. Nosotros, siendo tan pocos actuábamos más efectivamente que ellos. Por ejemplo, nuestro grupo logró detener a toda la cúpula del MIR.

—¿Cómo siguió después su itinerario?

—Ya le dije: pasé a los grupos de "reacción". Realizábamos allanamientos, hacíamos guardia frente a las casas, controlábamos el tránsito mientras el resto allanaba, sacaba a la gente de la casa, detenían gente.

—¿A qué lugar llevaban a los detenidos?

—Primeramente, a la AGA. Pero nosotros

en esa época no sabíamos más. No nos preocupábamos de los detenidos. Si los soltaban o los juzgaban, no teníamos idea. Sé que los torturaban. La primera vez que me tocó presenciar un trabajo de esos, fue con una mujer. Me chocó mucho. Era una niña del MIR, cuyo nombre olvidé.

—Describala.

—Era una muchacha muy joven de buena situación económica, pelo rubio.

—¿Por qué le chocó?

—Es que nunca había presenciado algo así. Yo estaba considerado entre los centinelas paleteados digamos. Entonces la hicieron pasar al baño y allí "le sacaron la cresta" y yo los vi. Otra vez me impresionó mucho un hombre que tenía la piel morada; estaba enteramente morado, morado.

—¿Qué le hicieron a la mujer?

—Le pusieron corriente y ella gritaba. Era novia de un muchacho del MIR, karateca. No recuerdo la chapa que usaba. Nos estaban haciendo una prueba para ver quiénes podían quedar definitivamente en el servicio.

—¿En qué consistían esas pruebas?

—Nos empezaban a meter de a poco dentro del sistema y veían como aguantábamos, cómo reaccionábamos. Parece que yo reaccioné bien porque ya llevo diez años en esto.

LAS CASAS DE SEGURIDAD

—¿Usted me habló de dos casas de seguridad que tuvieron...

—Sí. Fue antes de irnos a Colina. La primera casa estaba ubicada en el paradero 20 de Gran Avenida. Hoy día funciona allí una sociedad no sé si de diabéticos o de anti-alcohólicos.

—¿Cuántos detenidos había allí aproximadamente?

—Se iban rotando, pero llegamos a tener alrededor de 40 detenidos, repartidos en tres piezas. Incluso había algunos metidos dentro de los closets.

—¿Qué tipo de torturas aplicaban?

—Corriente, los colgábamos, golpes de manos y pies.

—¿Murió gente en ese lugar?

—Sí. Uno fue el llamado "camarada Díaz". Tenía unos 50 años, medio canoso, bajito,

de contextura regular. El otro era un joven al que le decían "Yuri". Fue colgado en una ducha y como le habían aplicado corriente antes tenía mucha sed. Abrió con la boca la llave y tomó agua. Luego llegó un centinela y le cortó el agua, pero él nuevamente la volvió a abrir y nosotros dejamos que el agua corriera. Debe haber estado unas horas con el agua de la ducha corriendo por el cuerpo. En la noche falleció de una bronconeumonía fulminante.

—El "camarada Díaz" ¿era Víctor Díaz, subsecretario general del Partido Comunista?

—No, no era él. Llegó en una oportunidad un equipo que no sé de dónde provenía, podría haber sido DINA. No los conocía y empezaron a interrogarlo sobre armamento. Tengo entendido que Díaz sabía dónde estaba el armamento del Partido. El no contestó nada y le pegaron bastante. Eran alrededor de nueve hombres los que conformaban el grupo y entre todos le dieron. Antes ya le habían pegado, estaba bien golpeado.

—¿Habló?

—No. No habló. Lo dejaron después allí y dijeron que iban a volver al día siguiente para seguir interrogándolo. Parece que notaron que estaba muy débil. Falleció esa misma noche.

—¿Qué hicieron con el cuerpo?

—No lo sé. En el grupo que lo sacó estaba Roberto Fuentes Morinson.

—¿Dónde estaba la otra casa de seguridad?

—En el paradero 18 de Vicuña Mackena. Esa casa parece que pertenecía a un hombre de apellido Sotomayor, del MIR. Era una casa grande de madera que tenía un taller mecánico y unos maniqués. Parece que la esposa de él era modista. Allí se suicidó un hombre alto que andaba con una chaqueta de cuero café claro y pantalones café. Eran dos hermanos, comunistas. En ese tiempo trabajábamos solamente al Partido Comunista.

—Cuando dice nosotros, ¿a quién se refiere?

—Al Comando Unido que actuaba junto con gente de Carabineros, la Armada.

—Usted habló de los hermanos Weibel Navarrete, ¿qué pasó con ellos?

—En ese tiempo nosotros trabajábamos en

la Base Aérea de Colina. Allí estaba el menor de los Weibel, Ricardo. (Fue detenido el 26 de octubre de 1975). Estuvo con nosotros algunos días (hasta el 6 de noviembre). Yo conversaba mucho con él porque me tocaba hacer guardia si es que no tenía que salir a los operativos. Supe que era chofer de micro de la línea Recoleta-Lira. La primera vez que lo detuvimos yo participé, era en la avenida El Salto, cerca del Regimiento Buin. Luego fue dejado en libertad, incluso lo fueron a dejar a la casa, un equipo que integró el propio comandante Fuentes. Un día cuando iba entrando a mi servicio lo vi y le pregunté: "Y ¿qué te pasó?". No sé —me contestó—, parece que hay algunas cosas que aclarar. Estaba muy nervioso, me dijo que creía que lo iban a matar. Ricardo se impactó mucho por la operación del helicóptero. Ellos sintieron cuando aterrizó.

—¿Se lo llevaron en un helicóptero?

—No, se fueron en un vehículo, junto a Rodríguez Gallardo. Yo después saqué conclusiones y pienso que lo fueron a buscar por eso, porque lo iban a matar.

—¿Quién lo detuvo en la segunda oportunidad?

—Recuerdo que fue Fuentes Morrinson. Yo no fui. Lo fueron a buscar amistosamente. Llegó con una polera solamente. Lo sacaron con varios más y lo mataron a balazos.

—¿En qué lugar?

—En Peldehue. No sé exactamente el lugar, pero sí sé que fue en Peldehue, en los terrenos militares.

—¿Cuántos más iban en esa operación?

—Como ocho o nueve personas.

—¿Qué hacían con los cadáveres?

—Me imagino que los quemaron porque iban con combustible. Llevaban un bidón con diez litros de combustible, llevaban además chuzos y palas. Me imagino que los quemaron para desfigurarlos y después los deben haber enterrado. También como le dije iba "El Quila" Rodríguez Gallardo, dirigente de la Juventud Comunista (detenido el 28 de agosto de 1975). "El Quila" incluso se despidió de nosotros.

—¿Cómo estaban cuando partieron?

—Estaban enteros. Weibel se quebró un poco pero no como para llorar, muy luego

se recuperó. Otro de los hombres que salieron era pintor o dibujante.

EL AMIGO INFORMANTE

—¿Quién entregó a Miguel Rodríguez Gallardo?

—El informante Carol Flores; nosotros le decíamos Ricardo. El entregó a casi toda la gente del Partido y de la Juventud. Vivía en una casa en la calle Los Tulipanes.

(Carol Fedor Flores Castillo fue detenido el 17 de agosto y llevado a la AGA. En la Academia fue visitado en tres oportunidades por su esposa. Es dejado en libertad y comienzan a visitarlo agentes de la FACH, entre otros Roberto Fuentes Morrinson alias "Wally").

—Pero, ¿a Rodríguez Gallardo también?

—Sí, tengo entendido que habían sido compañeros de estudio. Miguel Gallardo fue un prisionero que llegué a admirar por su valor, fue respetado incluso por los mismos jefes nuestros, por su inteligencia, por su hombría. Murió por sus convicciones. Pensó que lo que hacía estaba bien. Nunca dijo una palabra a pesar de haber sido torturado muy duro durante casi cuatro meses. Nunca lo pudimos quebrar, en ninguna circunstancia, ni mental ni físicamente. Estuvo en un armario, vendado; para que no se le fuera la mente buscaba dibujos en las tablas, se imaginaba situaciones, estuvo tanto tiempo vendado que llegó a desarrollar el sentido del oído más que nosotros, el olfato. El cayó detenido poco antes que florecieran los árboles y en "el nido 20" (la casa de seguridad del paradero 20 de Gran Avenida) había árboles y un día dijo: "Yo sé donde estoy, en el paradero 20 de Gran Avenida, la sirena que suena y que da la hora yo la conozco". Parece que en su juventud había sido bombero en esa compañía. También reconoció un pito de una fábrica que había por allí. El escuchaba y sacaba cuentas.

Antes de eso lo tuvimos en un hangar en Cerrillos, en el lado civil del aeropuerto. Allí un día nos dijo que estaba detenido en Cerrillos. Nosotros le preguntamos: "Pero, ¿cómo sabes? Puede ser Pudahuel, la base aérea El Bosque". No, dijo, escucho todos

los días las indicaciones que da la torre de control y nunca han dado la salida de un avión de combate ni tampoco de pasajeros: tiene que ser Cerrillos. Así nos fuimos haciendo amigos de él. Cuando lo llevamos a Colina estuvo perdido un tiempo. Sabía que era un lugar donde se hacía instrucción, que era un regimiento porque escuchaba los conscriptos en la mañana que trotaban y cantaban.

—¿Cómo murió?

—En los terrenos militares de Peldehue junto a Ricardo Weibel.

—¿Por qué esa gente tenía que morir?

—No lo sé. Eso lo dictaminaba el jefe.

—¿Usted no sintió nada? ¿No se había hecho amigo de él?

—Sí, sentí pena, varios de nosotros, porque cuando él se fue sabía que lo iban a matar. Incluso nos dio la mano, se despidió de nosotros nos agradeció que le diéramos cigarrillos. Nos conocía hasta los pasos. El sabía quien estaba de guardia, cuando era yo me llamaba y decía: "Papudo, dame un cigarrillo..."

—¿Qué pasó con José Weibel, miembro de la comisión política del Partido Comunista?

—Yo participé directamente en su detención. Lo bajamos de una micro, lo seguíamos desde su casa. Hacía varios días que era vigilado. (Fue detenido el 29 de marzo de 1976). Actuaban otros tipos que no eran de la Fuerza Aérea, actuaban como agentes, era gente de derecha, habían sido de Patria y Libertad. En la micro iba con su señora.

—¿Qué sucedió?

—No recuerdo bien. Hubo un robo. Nosotros buscábamos la posibilidad de bajarlo. Iba una señora que no tenía nada que ver con nosotros ni con la DINA, le robaron y nosotros dijimos que éramos de Investigaciones y lo bajamos culpándolo del robo. Lo conducimos luego a una casa de seguridad que teníamos en Bellavista.

—¿En qué lugar?

—Cerca de donde hay unas canchas de tenis, casi al llegar a la esquina. Creo que ahora construyeron un edificio de departamentos y parece que en el primer piso de la casa reparan lavadoras. Allí vivíamos los solteros del servicio y también teníamos detenidos.

TODAVIA DELATAN

—¿Qué hicieron con él?

—Fue interrogado, estaba junto a René Basoa, que también había sido detenido pero mucho antes y era nuestro informante. Lo usábamos para que sacara información a los otros. Había otro informante que le decían el "Fanta", (Miguel Estay), este cayó junto con René Basoa y todavía es informante de los servicios de seguridad. Ahora usa el pelo muy corto, cortito y barba.

—¿Está usted seguro?

—Totalmente. Hace cuatro días lo vi llegar a una de las oficinas nuestras en Amunátegui N° 54 pero trabaja indistintamente para varios servicios incluyendo SICAR.

—¿Qué pasó con José Weibel?

—Bueno él fue interrogado y de allí salió un equipo y lo mataron en el interior del Cajón del Maipo y luego lo tiraron al río.

—¿Podría identificar el lugar?

—Creo que sí porque allí se hicieron otras operaciones, la de Bratti Cornejo por ejemplo.

—¿Quién era Bratti Cornejo?

—Fue colega mío. Soldado primero de la Fuerza Aérea, pero trabajaba en nuestro servicio, claro que llegaba esporádicamente a la Academia de Guerra porque trabajaba en la base aérea El Bosque, trabajaba todo el sector de La Granja. Lo mataron en el Cajón del Maipo junto al informante comunista Flores (Carol Flores, desaparecido el 30 de mayo de 1976. El 2 de julio su cadáver apareció).

—¿Los mataron a los dos?

—Sí porque intentaron cambiarse de servicio e irse a la DINA. En ese tiempo la DINA les ofreció mejor remuneración económica, automóvil, casa. Los jefes se reunieron y decidieron que eso era traición porque la información nuestra la estaban pasando a la DINA y entonces ellos llegaban antes que nosotros a ejecutar una operación. Por ejemplo incautar automóviles. Una vez se descubrieron unos tanques de combustible que tenía el MIR, no recuerdo el lugar pero quedaba cerca de Las Condes, sólo nosotros sabíamos de su existencia y llegó la DINA y los requisó. Hubo sospecha de que alguien estaba pasando información y se supo que

eran ellos. En la institución se les hizo un proceso y el director de Inteligencia lo dio de baja. Dos meses después salió el orden, los empuzamos a buscar y los mataron.

—Recuerda usted detalles de la "operación Bratti"?

—En ese tiempo nosotros estábamos viviendo en la casa de Bellavista, éramos como ocho agentes más o menos. Me pasó a buscar Adolfo Palma Ramírez alrededor de las diez de la noche y me dijo que había una operación. Nos fuimos a la "firma" que le llamábamos nosotros, que es la casa de calle 18, el ex local del diario "Clarín". Allí había otros oficiales de Carabineros, de la Marina. Estaban todos los jefes del operativo conjunto. Me sorprendió que hubiera pisco en la mesa, una especie de cóctel pequeño. Uno de los presentes me dio una pastilla y me dijo que me la tomara. Yo me di cuenta de inmediato que era droga. La conversación siguió hasta que el trago se terminó. Yo no sabía de qué se trataba. A un centinela le dijeron que trajera "el paquete", así le llaman a los detenidos. En ese momento vi que entraron con Bratti esposado y los ojos vendados.

—¿Desde cuando conocía a Bratti?

—El ingresó antes que yo. Yo lo conocí el año 1974 en la Academia de Guerra, después dejé de verlo un tiempo hasta que apareció nuevamente trabajando con nosotros.

—¿Qué pasó luego? Me refiero a cuando llegó esposado...

—Le hicieron preguntas. Se notaba que estaba muy choqueado. Estaba drogado. Le dieron órdenes luego al centinela para que lo sacara de la especie de living en el que nos encontrábamos y salimos a los vehículos. Creo que iban dos autos, Adolfo Palma iba en uno de ellos conduciendo. A mi lado iba un agente de carabineros y otro oficial de carabineros también. Nos dirigimos al Cajón del Maipo.

UN MUERTO PERSONAL

—Describame el lugar en el Cajón del Maipo donde mataron a Bratti.

—Hay que pasar San Alfonso, El Melocotón y cuando el camino cruza el río,

pasábamos el puente e inmediatamente doblábamos a la izquierda. Nos internábamos por un camino de tierra unos 10 ó 15 kilómetros, no recuerdo con exactitud. Allí había unos acantilados.

—¿Estaba vivo Bratti?

—Drogado creo pero vivo. Lo pararon al frente de una piedra y el insistió en que le sacaran la venda y le soltaran las esposas. Supuso que lo iban a matar. Palma le preguntó que cómo quería morir, si quería arrancar. Se pretendió hacer un juego macabro por cierto. Bratti dijo que quería morir sin venda y sin esposas. Estaba muy entero. Palma entonces se dirigió a mí y me ordenó que le retirara las esposas. Recuerdo que cuando me acerqué a sacarle las esposas el me dijo que hacía mucho viento y agregó: "Está fría la noche Papudo". Sí, le contesté, pero yo estaba quebrado a pesar de estar drogado. Tenía miedo, pensé que los demás que participaban eran todos oficiales, salvo un agente de carabineros y que quizás me iba a ir también con Bratti p'abajo. Me dio mucho miedo cuando me ordenaron: "¡Ya, sácale las esposas!". Ellos estaban como a diez metros. Cumplí la orden, me devolví donde Palma y me mandaron a los vehículos. No recuerdo a qué fue, si a buscar algo, no sé. Cuando iba caminando hacia los vehículos, en una noche muy clara, sentí la ráfaga. Cuando volví al lugar había cordeles y ya estaba muerto. Me dijeron que lo amarrara y le pusiera unas piedras y lo tiramos por el acantilado.

—¿Le puso sólo piedras? ¿No incluyeron amarras con alambre?

—No lo recuerdo. El hecho es que después se comentó que debíamos haberle puesto otra cosa porque apareció el cadáver, a los pocos días, en el Canal San Carlos. Palma me dio la mano para que yo me acercara al acantilado y lo soltara en el río.

—¿Usted lo tiró al río?

—Sí, yo lo hice. En ese instante pensé que también me iban a soltar a mí. Me dio mucho miedo pero lo solté. Después regresamos a los vehículos y volvimos a la "firma" donde tomamos otra botella de pisco y luego me fueron a dejar a la casa. Lógicamente me pidieron que no hiciera comentarios de lo que había sucedido, pero dentro del servi-

cio se sabía de todas las operaciones que se realizaban.

—¿Cómo supo usted que estaba drogado?

—Sentía como que no pisaba, no coordinaba. Recuerdo además que fumaba y era como que no estuviera fumando.

—¿Qué sintió cuando asesinaron a su compañero de servicio?

—Hasta ese momento pensaba que nos había traicionado. Porque nos dijeron que pasaba información al MIR y al Partido Comunista. Sentí pena pero en el fondo tenía rabia porque nos dijeron que había entregado una lista con nuestros domicilios, los lugares que frecuentábamos, etcétera, para que nos mataran. Pensé entonces, que estaba actuando bien por el hecho de que Bratti era un funcionario.

—¿Cómo supo usted que esa no era la verdad?

—El año 1979 estuvimos trabajando en Antofagasta, no en subversión. Y Adolfo Palma Ramírez me dejó en una oportunidad en su casa porque viajaba a Chuquibambilla. Le cuidé su casa y me dediqué a escuchar cassettes. Encontré declaraciones de detenidos, entre ellas las de Bratti. Ahí supe la verdad: se le acusaba de traición por querer pasarse a la DINA. Yo le hice saber a Fuentes que Palma tenía grabaciones con declaraciones de Bratti y de otros detenidos. Para ese entonces ya no estaba Palma en la FACH. Fuentes dijo que estaba bien porque eso iba a ser un respaldo en caso de que mañana él cayera detenido para entregar información.

—¿Participó Palma en muchas operaciones de detenidos-desaparecidos?

—En casi todas. Era el segundo de abordaje después de Roberto Fuentes. El había sido de Patria y Libertad. Fue uno de los que participó en el asesinato del comandante Araya el edecán de Allende y se jactaba de eso.

—¿Hay algún otro caso de un funcionario que haya sido eliminado?

—No de la FACH es el único que yo conozco?

—¿Y Carol Flores?

—No era funcionario de la FACH. Era informante.

—¿Por qué mataron a Flores?

—Porque intentó irse a trabajar a la DINA. Fue en 1976. No recuerdo si era DINA o si ya era CNI. En ese problema también estuvo metido Otto Trujillo, era de Patria y Libertad, lo había traído el comandante Fuentes al servicio. También estuvo implicado en el grupo que se quiso pasar a la DINA. A él lo dejaron en libertad. Por la influencia de Fuentes no lo mataron.

—¿Qué pasó con él después?

—Trujillo ahora está trabajando para el SIM, el Servicio de Inteligencia Militar. Recuerdo que como castigo se le mandó a Punta Arenas, él era de allá. Fuentes lo trajo después a Santiago. De repente aparecía trabajando para nosotros. A Trujillo le dijeron que regresara a Punta Arenas, que no volviera más a Santiago, que se olvidara del asunto y de sus amigos. Luego apareció en el SIM trabajando con René Basoa. Andaban juntos. Hace poco. Otto Trujillo fue requerido por la justicia por una estafa. Estuvieron unos detectives en la oficina y le consultaron a Fuentes por él. Fuentes contestó que no tenía idea en consecuencia que sabía estaba en el SIM.

—¿Qué pasó con Palma Ramírez?

—En Pudahuel tiene una distribuidora de frutas, un local grande.

—¿En qué lugar?

—Es por José Joaquín Pérez, una calle paralela a esa (da la dirección exacta). A Palma le decíamos también "Fifo".

—¿Hubo otras operaciones en el mismo lugar del Cajón del Maipo?

—Sé de varias, una de ellas la de José Weibel pero en las otras yo no participé. Carol Flores también fue muerto allí.

—Está seguro que allí mataron a José Weibel?

—No sé si lo llevaron con otras personas pero sé que Weibel murió allí.

EL VIAJE EN HELICOPTERO

—Usted me dijo que también supo de una operación en que lanzaron detenidos desaparecidos desde un helicóptero.

—En ese tiempo estábamos en la Base Aérea de Colina, trabajábamos cuatro servicios: SICAR, Armada, Carabineros, Ejérci-

to y nosotros. Supe de una sola operación pero puede que hayan hecho más. Fue en el año 1976 cuando fue combatida la Juventud del Partido Comunista.

—Cuénteme todo lo que recuerda de la operación.

Llegó un helicóptero de la FACH a Colina y sacaron alrededor de diez o quince personas. Entre esas personas recuerdo claramente que iba un ex Regidor de Renca que era cojo, tenía sus años, deben haber sido los mismos que cayeron con él en la redada. (Se trata de Humberto Fuentes Rodríguez detenido-desaparecido desde el 4 de noviembre de 1975 arrestado en una camioneta amarilla con distintivo FACH).

—¿Salieron vivos de la base?

—Sí, los drogaban, les daban unas pastillas pero parece que no eran muy efectivas, porque se daban cuenta. Uno de los que participó, "Fifo", me contó después que uno había despertado en el vuelo y le habían pegado un fierrazo. Luego empezaron a lanzarlos al mar frente a San Antonio creo.

—¿Les hacían algo antes de tirarlos?

—Dicen que los abrían.

—¿Qué les abrían?

—El estómago, para que no floten. Iban comandos de seguridad del Ejército, creo que con el corvo, antes de tirarlos al mar los abrían. Fue una sola vez que llegó el helicóptero. Recuerdo a otro de los que se llevaron, de unos 45 ó 50 años, comunista, peladito, medio moreno, en una oportunidad intentó suicidarse y se quebró un brazo. Se lo llevaron, lo vio un médico y estuvo enyesado har- to tiempo. El también se fue en el helicóptero. Había otro que hacía caricaturas. Los otros no los recuerdo.

—Trate por favor...

—Intento, pero no recuerdo ni siquiera sus chapas.

—¿Recuerda los nombres de agentes de seguridad que participaron en dicha operación?

—Rolando Fuentes Morrinson es uno y Palma. Esos dos eran los jefes. En ese tiempo los que trabajábamos en esto éramos muy pocos militares, la mayoría era de afuera. Me acuerdo del "Luti", llegaban de repente a la oficina pero dos eran extremistas de derecha que habían participado en atentados como el

asesinato de Araya Peters por ejemplo, asaltos bancarios, etcétera, durante el período de la UP. Les conocía las chapas no más, nunca les supe los nombres. Eran de buen nivel social. Ellos hacían generalmente todo el trabajo de seguimiento. Los mandaba Palma. Nosotros participábamos en la captura solamente.

—¿Qué otras operaciones se hicieron en Colina?

—Murió otra persona, era de aspecto similar al "camarada Díaz" que murió en la casa de seguridad. Lo mataron los del Ejército, lo interrogaron y lo dejaron allí. Luego lo fuimos a ver y estaba muerto. Los llamamos, entonces se devolvieron y lo echaron en el portamaletas del auto. No sé qué pasó después con él.

—¿En qué estado estaba?

—Golpeado, con moretones por todo el cuerpo, muy rígido. Tengo entendido que le pusieron corriente directa, de 220. Se le ponen dos cables directamente del enchufe, no con la máquina especial con que se tortura. Tiene que haber sido en el año 1976 porque ese fue el año en que trabajamos en Colina, totalmente separados de la base. Al interior de ella había una cárcel recién construida para los funcionarios que tienen que cumplir penas militares.

—¿Funcionaba como centro de torturas?

—Sí. Estaba nueva. Ellos no la usaron. Incluso creo que no la usaron más porque allí funciona ahora otra cosa. Después fue cuando tuvimos problemas con el Ejército.

—¿Qué tipo de problemas?

—Ellos querían mandar todas las operaciones y echaban a correr la antigüedad entre los jefes. Después, el Ejército optó por no operar con nosotros y empezaron a trabajar aparte. Nosotros seguimos trabajando igual con la Marina y Carabineros. Luego nos fuimos a trabajar a la calle Dieciocho en el ex edificio del Clarín, que ahora pertenece a DICOM-CAR. Ahí teníamos a los detenidos. De ese lugar sacamos a los que mataron en la cuesta y ahí también cayó detenido Contreras Maluje.

—¿Participó René Basoa en esa detención?

—El era informante nuestro. Estuvo detenido en Colina. No era informante de antes porque fue torturado en Colina, él cambió su

vida por la entrega de información. Digo esto porque él fue testigo de la operación que se hizo con el helicóptero y con la citroneta.

Basoa llegó con varios más, una mujer, uno que le decían "Fanta" (Miguel Estay). Después apareció trabajando con nosotros Basoa.

—¿Con ustedes o con la DINA?

—El empezó a trabajar con los servicios de la FACH y después tengo entendido que se lo pasaron al Ejército cuando nosotros dejamos de trabajar la subversión.

—¿Quién asesinó a René Basoa?

—Tengo entendido que fue el Ejército, el SIM.

—¿Quién entregó a Carlos Contreras Maluje?

(El 3 de noviembre de 1976, a las 11:30 horas en Nataniel Cox, entre Coquimbo y Aconcagua y poco después de haber sido atropellado por un microbús, fue detenido por personal de seguridad. Desde ese día se encuentra desaparecido).

—Un hombre alto, medio moreno, nariz respingada, abultada, ojos café, pelo negro y brillante. El había estado detenido en el edificio del Clarín y entregó a Contreras porque dio el contacto. No recuerdo el puesto que tenía este hombre, al cual llamábamos "José", en las Juventudes Comunistas pero era importante. Había otro, el "Macaco" que le decían, bajito, morenito, nosotros le pusimos "Macaco" porque le encontrábamos cara de mono. Había otro comunista que cayó con el "Macaco". Este último era de finanzas y tenía un departamento en el centro, a ese otro le decíamos "relojero". Todos esos detenidos se iban el día viernes a sus casas y los pasábamos a buscar el domingo a lugares previamente contactados, la Plaza Nuñoa, por ejemplo. Cuando ellos nos entregaron a Carlos Contreras Maluje se fijaron de a poco las reglas.

(Los tres comunistas informantes serían presumiblemente: Vargas, Luciano Mallea y Saravia).

—¿Murieron esos hombres?

—De todos ellos el único que murió fue Contreras Maluje.

—¿Dónde vivía "José" (Vargas)?

—Por el sector donde está la Municipalidad de Las Condes, creo que la calle se llama

Paul Harris. Tengo entendido que todavía vive allí porque hace poco tiempo pasamos con un jefe por allí y dijo: "Por aquí vive José". Ahí me di cuenta que todavía era un informante porque comentó que se había contactado con no sé qué nombre, el de un agente de la CNI.

MUERTE DE UN COMUNISTA

—¿Qué paso con Carlos Contreras Maluje?

—Recuerdo todo muy bien porque yo participé. Lo detuvimos con un familiar o un amigo de Contreras en San Bernardo. Ibamos con el informante "José", que estaba detenido. En ese momento teníamos prácticamente a toda la directiva de las Juventudes Comunistas, nos faltaba Contreras. Para entonces ya trabajábamos sólo con la Marina y Carabineros.

—¿Dónde funcionaba el cuartel general?

—En calle Dieciocho. Cuando cayó "José", en el interrogatorio, él dijo que tenía un contacto con Contreras en una casa de San Bernardo. Y nos dijo: "Si me sueltan yo hago el contacto con él y luego nos agarran". Lo soltamos, hicimos todo el operativo y detuvimos a Contreras Maluje junto a un joven. Nos costó mucho detenerlo porque era más o menos fornido. Cuando bajábamos por Gran Avenida uno de los vehículos atropelló una persona y seguimos. Llegando al cuartel comenzo el interrogatorio de Contreras. Le preguntábamos por todos los que teníamos detenidos y él respondía que hacía tiempo que no los veía o decía no conocerlos. Le preguntamos por José y contestó que no lo veía desde hacía mucho tiempo. Le sacamos la venda y le mostramos a todos los dirigentes que teníamos detenidos. Se dio cuenta —creo— que lo había entregado José. En ese momento él dijo que tenía "un punto" (un contacto) con otro dirigente, no recuerdo con quién, en la calle Nataniel. Los jefes se reunieron porque había algunos que no querían efectuar la operación por la importancia que tenía en el Partido Comunista, Contreras, suponían que estaba tramando algo. Se decidió que la operación se llevara a cabo y salimos. Lo largamos en Nataniel y empezó a caminar hacia Av.

Matta. De repente yo por radio escuché que dijeron: "Se tiró a la micro el sujeto". Contreras había sido torturado hasta las últimas horas de la noche anterior, tenía las muñecas rotas con las esposas. Cuando escuchamos por la radio yo estaba como a siete cuadras del lugar. Cuando llegamos ya se había juntado mucha gente.

—¿Qué sucedió después?

—Al vernos empezó a gritar que éramos de la CNI, que lo queríamos matar o de la DINA, no me recuerdo bien ya, que avisaran a la farmacia Maluje de Concepción. Gritaba además que cuál era el pecado de ser comunista. Después empezó a hablar con gestos porque estaba semiinconsciente. Ahí llegaron todos los demás vehículos que estaban participando en el operativo y también un radiopatrulla de carabineros. Ellos no sabían qué hacer, si llevarse detenido al chofer de la micro (Luis Rojas Reyes) y miraban a los tipos que se bajaban de los autos con radios, metralletas, pistolas. Luego uno de los carabineros tomó al chofer y lo llevó a la parte trasera del vehículo para tomarle los datos y después le dijo: "ya súbbase y váyase no más". Cuando quisimos subirlo al vehículo, Contreras Maluje gritaba que no, que no quería que se acercaran los de la DINA. Le pidió incluso ayuda a carabineros y decía: "Me han torturado" y mostraba las manos que tenía rotas. No quería subirse pero lo logramos meter a un automóvil Fiat 125 celeste cuya patente estaba a nombre del director de Inteligencia de la Fuerza Aérea General Enrique Ruiz B. A todo esto el general no tenía idea. En todas las operaciones el que mandaba era Roberto Fuentes M., incluso ese auto no debió haber participado en el operativo porque andaba con la patente derecha, no era una patente falsa. Por eso los llamaron después a declarar por el proceso que hubo.

—¿A qué lugar lo llevaron?

—Al cuartel de la calle Dieciocho. Fue golpeado. Llegó herido con la cabeza rota y un brazo fracturado. Lo bajaron con un paquete. Lo tiraron dentro del calabozo a puras patadas. Le dieron fuerte. Dijeron que había traicionado.

—¿Cuándo lo mataron?

—En la noche. Estuvo todo el día en el

calabozo. Le pegaron por pegarle porque ya nadie le preguntaba nada. Un suboficial de carabineros le pegó una patada en la cara y le fracturó la nariz. Al otro día cuando llegué supe que lo habían llevado a enterrar al mismo lugar de la cuesta donde yo había ido antes. Un equipo de carabineros salió temprano a hacer el hoyo. Yo estaba ahí y les pregunté dónde iban y respondieron "que al mismo lugar donde fuimos la otra vez".

—¿Quién dirigió la operación?

—Roberto Fuentes Morrison.

—¿Dónde está ubicado el lugar donde fue enterrado Carlos Contreras Maluje y otros detenidos desaparecidos?

—En una cuesta en el camino a Melipilla. Es una bifurcación del camino principal y nosotros doblamos a la derecha. Recuerdo que hay un desvío, avanzábamos por ese camino hasta un puente, pasando el puente empezaba la cuesta. Como en la tercera o cuarta curva había un camino secundario, una huella. Había que internarse por allí unos 100 metros. Allí procedíamos a dejar a los detenidos y los fusilábamos en el lugar. Allí mismo eran enterrados.

—¿Sin dinamitarlos?

—No. Sólo se les disparaban con armas con silenciador.

—¿Llegaban vivos allá?

—Sí.

—¿Cuánta gente llevó usted?

—Dos personas, pero anteriormente habían ido con otros detenidos al mismo lugar, unas ocho personas más o menos. En la operación en la que yo participé había un olor típico de cementerio. Se notaba que antes habían ido a hacer otras operaciones. Esas operaciones se hacían en conjunto con el SICAR y la Armada.

—¿Qué sabe de las muertes de otros detenidos desaparecidos como Eduardo Paredes, Bautista Von Showen, Enrique París (le entregó una larga lista haciendo una pausa entre cada nombre).

—No, no tengo idea.

—¿No hacían comentarios ustedes?

—Mucho compartimentaje. Lo que hace mi unidad no tiene por qué saberlo otra.

—¿Desconfianza?

—Sí, mucha.

EL JURAMENTO DE LA FACH

¿Sabía usted que en cualquier momento también lo podían matar?

—Siempre lo supe.

—¿Hizo algún juramento en la FACH antes de iniciar su trabajo? "

—Tengo un documento firmado en la Dirección de Inteligencia de la FACH en el que se dice que todo lo que haga no debo comentarlo y si el día de mañana me echan del trabajo debo seguir llevando una vida normal, pero no debo involucrar a nadie. Incluso dice que el que cae detenido, cae solo, todas las acciones las hizo solo, nunca contó con el apoyo de la institución.

—¿En qué otras operaciones participó?

—En Fuenteovejuna y Janequeo.

—¿Cómo fue esa operación?

—Había que detectar a los que mataron al intendente de Santiago. Carol Urzúa. A nosotros nos llamaron cuando ya la operación estaba armada. Nos pidieron una colaboración al equipo de contrasubversión de la FACH. El CNI ya había hecho los seguimientos, tenía detectadas las casas, todo. Ahí cayeron presos los que están detenidos actualmente, a uno que le decían "Pitufo", Palma. El día de la operación estuve todo el tiempo en una camioneta. De repente se nos avisó que si salía el "uno", los teníamos por número de acuerdo a su importancia, se iniciaba toda la operación. Por radio escuché: "salió el uno, síganlo", hizo contacto con otro y después se separaron y los detuvieron a los dos. A otro lo agarraron aquí al frente de Capuchinos, uno gordo, no recuerdo su nombre.

—Continúe...

—Al que más recuerdo es a Palma que fue sacado de un colectivo o de un taxi. En la tarde nos dirigimos a la casa de Fuenteovejuna. Nos reunieron antes en un Supermercado por ahí cerca. Eramos alrededor de 60 agentes, llegó un jeep con una ametralladora punto 30. Nos reunió uno del CNI, tengo entendido que es oficial de Carabineros y dijo: "Bueno aquí ningún huevón vivo, todos muertos".

—¿Cuántos sospechosos eran?

—Tres. Nosotros cerca de sesenta. De repente yo vi entrar el jeep que se estacionó. Justo al frente de la casa hay un pasaje. Diez y cinco personas que tomáramos todas

nuestras posiciones y luego el mismo oficial preguntó si estaba lista la base de fuego. Yo no tenía idea de qué se trataba: era el jeep que estaba preparado, el jeep que tenía el CNI con una ametralladora que sale con un mecanismo hidráulico. Salió la ametralladora y empezó a disparar a la casa, alrededor de un minuto. Después por un altavoz se les conminó a rendirse diciéndoles que estaban rodeados por fuerzas de seguridad. Uno salió con las manos en alto y cuando venía saliendo lo rafaguearon. De adentro respondió el fuego una mujer. Inmediatamente la casa comenzó a incendiarse por los efectos de una bengala.

—¿La bengala fue lanzada por ustedes?

—Sí, por uno de los agentes que estaban apostados en el interior y al parecer cayó en algunos documentos, papeles y se dio inicio al incendio de la casa.

—¿La bengala tenía por objeto incendiar la casa?

—No. Iluminarla para ver si había más personas adentro. Sabíamos que había dos muertos pero como eran tres personas, aún no teníamos conocimiento que Villavela había muerto. Por la posición en que fue encontrado posteriormente supimos que murió con las primeras ráfagas de ametralladora sorpresivas.

—¿Cuál fue su papel en la operación?

—Disparar en caso de que alguien saliera de la casa. En realidad no fue necesario. Era una cosa de locos, toda la gente disparaba. Yo le disparé a un foco que había frente a la casa para oscurecer más el sector. Después me preocupé de sacar a la gente de las casas de los lados, a los vecinos.

—¿Qué pasó después?

—Llegó investigaciones y tomó en sus manos el caso, el asunto digamos legal. Luego nos fuimos a Janequeo, en Quinta Normal, y como algunos de nuestros agentes se encontraban sin balas, por haber utilizado todo el stock pasamos a buscar a nuestra oficina. Cuando llegamos a Janequeo ya estaban esperando. El mismo jeep estaba haciendo su trabajo.

—¿Cuántos eran los sospechosos?

—Dos personas y deben haber habido unos cuarenta agentes, entre gente de la CNI y de la Fuerza Aérea. Sé que uno de los

extremistas lo mataron pasando una plaza que hay por ahí cerca. No llevaba armas, después apareció en la prensa con un arma pero se la puso la CNI. "José", un argentino, murió en el patio de la casa.

—¿Qué pasó con los cadáveres? ¿También se hizo cargo Investigaciones?

—Después que nosotros terminamos nuestra parte en la operación nos devolvimos a la oficina, la CNI siguió trabajando sola.

—¿Sabe usted de dónde provino la información sobre este grupo mirista?

—No, no lo sé. Sí sé que el MIR y el Partido Comunista están infiltrados por la CNI.

—¿En este momento?

—Sí.

—¿Cómo lo prueba?

—Me lo dijo un agente de la CNI. Hacen operaciones, matan personas cuando quieren. Ellos saben dónde está fulano, sutano, perengano. Incluso la gente que se asiló en la Nunciatura estaba vigilada.

—¿Por qué quiso hablar conmigo?

—Porque quería desahogarme. Compré la revista y me puse a leer, no tenía idea sobre la muerte del cuñado de Delmás. Vi quién era el periodista, había escrito esa crónica y la escogí. Pero a esto le vengo dando vuelta hace varios meses. Hoy día me decidí.

—¿Qué otros trabajos de este tipo ha desarrollado?

—Desde fines de 1976 en adelante la Fuerza Aérea se retiró de la acción antisubversiva. Sólo actuamos esporádicamente porque Roberto Fuentes, el comandante, tiene contactos y es muy amigo con la gente de la CNI.

—¿Roberto Fuentes sigue perteneciendo a la Fuerza Aérea?

—Sí, pero ni siquiera trabaja, la jefatura no le da trabajo. Está ahí no más.

LA ESTRUCTURA DEL TERROR

—¿Qué contactos tiene usted con la CNI?

—Todos los servicios tienen un contacto que se llama el "canal técnico". Para traspasar informaciones hay contactos personales.

—¿No ha habido ningún otro operativo en el que le haya tocado participar?

—Sí, un operativo para el que nos solicitó

Carabineros. Nosotros, el equipo que yo conformo, estamos bien considerados dentro del trabajo de la contra subversión. Nos tienen por buenos. Fuimos llamados para hacer unos allanamientos en Pudahuel.

—¿Qué indicaciones les entregaron?

—Tienen que ir a esta casa y estos son los dos sujetos que buscamos. Creo que estaban involucrados en la muerte de un carabiniere. El pasaje creo que se llamaba "Apolo".

—¿Descubrió algo?

—Armas no. Solo documentación, propaganda, nada de importancia.

—Pero la televisión mostró armas...

—Esa vez se hizo un allanamiento en el que participaron alrededor de 200 carabineros. Se allanó creo la mitad de la comuna de Pudahuel. Si en otro lado aparecieron armas a mí no me consta. Todo se llevó a la Comisaría de Santo Domingo, estaba en el suelo todo el material incautado pero armas no había en ningún lado.

—¿Qué pasó en la Comisaría?

—Cuando llegamos a la Comisaría de Santo Domingo, pasado Matucana, había más de cien detenidos de Pudahuel y algunos de Renca. Estaban todos en el patio de la Comisaría, puestos contra la muralla, vendados, con capucha. Luego ingresó un vehículo con los vidrios polarizados, sacaban uno a uno a los prisioneros y los ponían al frente del auto, con las luces altas. Les sacaban la capucha y en el interior del auto había uno que indicaba quiénes eran y quiénes no eran. Al parecer era un hombre que había caído detenido tres días antes.

—¿Su señora sabía qué clase de trabajo realiza?

—Sabe que trabajo en seguridad pero no los trabajos específicos que yo realizo.

—¿Cuándo se casó?

—Hace seis o siete años. Conviví con ella y me casé legalmente después.

—¿Cuándo la conoció?

—En 1975 creo. Llegué a vivir a su casa, de uniforme como aviador. Y de repente pelo largo, me pasaban a buscar en auto, bajaban tipos con ametralladoras. Se dio cuenta que tenía que ver con seguridad.

—¿Nunca le preguntó nada?

—Sí pero yo le decía que eran trabajos

institucionales, nada que ver con la DINA o la CNI.

—¿Ella se preocupaba?

—Sí, mucho. Mi señora después se empezó a dar cuenta y tuvo la certeza con la operación de Fuenteovejuna. Llegué con mi pantalón con sangre y ella había escuchado las noticias. Me preguntó si trabajaba en el lugar y tuve que decirle que sí. Como ella es muy reservada no dijo nada pero sé que se tiene que haber preocupado mucho.

—¿No le dieron ganas de hacer otro trabajo?

—Yo llegué a hacer el Servicio Militar a los 18 años cuando recién salí del liceo.

TRATAMIENTO PARA LOS NERVIOS

—¿Nunca estuvo relacionado con actividades políticas?

—No. El año 1973 tenía 17 años. Llegué a esto en una forma... quiero decir que no lo busqué. De repente me vi involucrado en esto.

—¿Saben sus padres qué tipo de trabajo ha realizado?

—Saben que soy agente de seguridad, o sea la parte legal del asunto, la seguridad del territorio, pero nunca en...

—¿Conoció a Osvaldo Romo?

—No. Lo único que sé es que le decían "el Dedo de Yeso", porque lo usaba para indicar... al menos dentro del servicio se le conoce así.

—¿Dónde vive?

—En la población Juanita Aguirre, de la Fuerza Aérea.

—¿Arrienda o es propietario?

—La Fuerza Aérea nos da la casa. No pagamos arriendo.

—¿Ha estado enfermo de los nervios alguna vez?

—Sí, estuve en tratamiento, hay varios casos, muchos hospitalizados.

—¿Dónde los hospitalizan?

—En la clínica Ñuñoa. Hay un convenio con esa clínica. A mí me atendió un psiquiatra.

—¿Le preguntaba sobre estas mismas cosas?

—No, porque el médico es del servicio. Yo pedí asistencia médica porque estaba muy tenso, nervioso. Conversé con un psicólogo y éste me mandó a sacarme un electroencefalograma. Después me citó varias veces a conversar con él, armé cubos, etcétera, luego determinaron que mis problemas eran derivados de mis problemas económicos.

—¿Fue en profundidad el tratamiento?

—No. Fue muy superficial.

—¿Después cómo se sintió?

—Los problemas continúan pero me siento bien. Lo que quiero decir es que los problemas que tengo es conmigo mismo. O sea lo que estoy haciendo ahora.

—¿Pero por qué no le contaba esto al psiquiatra?

—No se lo podía decir. ¿Cómo le voy a decir que estoy aburrido de esto?, que me quiero ir, que no quiero trabajar más acá, que estoy asqueado de este trabajo. Imagínese, el psiquiatra del servicio... me iba a durar repopoito la vida.

—¿Cómo se llamaba el psiquiatra?

—Hay tres médicos. El que me atendió no sé si es psiquiatra o psicólogo. Es muy importante, está considerado entre los mejores de Chile, incluso ha participado en foros en televisión. Tengo entendido que trabaja en Canal 7 y hace las campañas de propaganda.

—¿Cómo se llama?

—Aracena.

—¿Le hacía preguntas relacionadas con su trabajo?

—No, con mi familia nada más. Del trabajo no porque sabe todo. Nos conoce bien a todos. Hay otro de los médicos que se apellida Rey y el tercero participa poco, su nombre no lo recuerdo pero tiene cara de loco, es más bajo que yo, usa los pantalones cortos, camina medio raro, usa anteojos ópticos, pelo liso, semicanoso. Pero Aracena sí que ha participado en contra subversión.

—Si un compañero suyo desaparece ¿pueden preguntar a sus jefes por él?

—Se pregunta, siempre que exista lo que se llama cobertura; o sea que fue trasladado, que fue dado de baja o en último término fue sorprendido en una u otra cosa y está detenido. Ahí nadie lo puede visitar porque

el que lo visita se va de baja, le echan a perder la imagen como se dice.

—¿Qué misión estaba cumpliendo usted en este momento?

—Hacia un curso de cuatro meses de inteligencia de seguridad territorial pero de eso no voy a hablar ni una sola palabra.

—¿Qué piensa usted del general Pinochet?

—No me gusta. Creo que es el pensamiento de la Fuerza Aérea. No nos gusta porque es un dictador. Se rompieron las relaciones digamos cuando salió el general Leigh. Dentro de los generales hay una cierta división por el general Pinochet...

—Y a usted ¿por qué no le gusta?

—Pienso que las ideas se deben combatir con ideas. Esto lo vengo pensando desde hace mucho tiempo. Si alguien me dice a mí que es comunista y... bueno yo no lo puedo matar, tengo que demostrarle que está equivocado. Es que un país no se puede...

“HAY MIEDO”

—¿Está convencido de lo que está diciendo?

—Totalmente.

—Sus compañeros ¿opinan lo mismo?

—No se pronuncian abiertamente. Hay miedo a las represalias. Uno no puede opinar libremente. Nadie le va a preguntar a uno o un jefe ¿qué le parece el general Pinochet? Eso no se hace.

—¿Conoció usted al general Leigh?

—El día que dejó de ser miembro de la Junta de Gobierno. Trabajábamos en una casa de seguridad, pero no en contra subversión. De repente llegó un oficial nuestro y eligió gente. A mí me eligieron creo por la experiencia para que prestáramos protección a la escolta del general. Nos fuimos al Ministerio de Defensa en un Fiat 125 y no nos querían dejar pasar, le tiramos el auto encima a un centinela del Ejército que tenía cortado el camino por Gálvez. El conscripto no hizo nada, no se atrevió. Luego esperamos que saliera el general, había muchos periodistas en el sector, gente que aplaudía y en eso llegó un auto Chevy Nova. Se bajó un oficial rubio y conversó con nuestro ofi-

cial y le dijo que la seguridad del general Leigh estaba en manos de ellos. Nuestro oficial le dijo que no, que lo escoltaríamos hasta su casa y que las únicas órdenes que esperábamos eran del general Leigh, que seguía siendo nuestro comandante en jefe. Pero ya había jurado el general Matthei. Recuerdo que uno de los guardaespaldas del general Leigh le pegó un puñete a un comando del Ejército que no lo quería dejar pasar hacia una oficina. De todas maneras no nos dejaron entrar al ministerio. Se armó una discusión entre los dos oficiales y el nuestro dijo: “Ustedes se bajan, en caso de que este Chevy Nova se mueva lo repelen”. No se atrevieron.

—¿Qué pasó después?

—Luego nos fuimos escoltando hasta el edificio Diego Portales. Nosotros nos bajamos corriendo con nuestras armas en la mano y creo que el general Leigh se asombró mucho. Cuando bajan hay un centinela que dice: “Baja el uno”, ese es el general Pinochet, “baja el dos” y así sucesivamente. Cuando salió el general dijo: “Baja el...” y no supo qué decir. Lo acompañamos hasta su casa. Allá nos formó a todos y se despidió de cada uno de nosotros y nos dijo que teníamos que seguir prestándole apoyo al nuevo comandante en jefe. Cuando le dijeron que alguien quería hablar con él, respondió que no quería a nadie de la junta, ni ministro ni nadie. Se juntó mucha gente fuera de la casa. Nosotros seguimos vigilando el lugar y echamos a los CNI, estaba lleno de autos de la CNI. Para evitar problemas se fueron.

—¿No pensó nunca que todas las cosas y trabajos como usted les llama iban a salir un día a la luz?

—Sí, lo pensé.

—¿Hay gente de la FACH en la CNI en estos momentos?

—No. Los retiró el general Matthei después del caso de la dinamitada.

—¿Causó mucha conmoción en la FACH?

—Sí, pero no por un problema sentimental. Encontramos que era un trabajo mal hecho. Una estupidez. Por eso mismo causó revuelo porque había mucha gente nuestra trabajando en la CNI.

—¿Pero no habían retirado el año 1976 su gente de la CNI?

—Sí, pero como una semana antes se había enviado nuevamente gente en comisión, por un año. Cuando se supo el caso de la dinamitada, al día siguiente, llegó una orden del general Matthei pidiendo que toda la gente regresara. La orden llegó a las ocho de la mañana a la CNI, a las diez se retiró toda la gente. El que no quería regresar se le dio de baja en la Fuerza Aérea y la CNI se hacía cargo de ellos pero no como funcionarios FACH.

—¿No provocó problemas eso?

—Problemas con el Presidente sí. Cuando se pidió nuestra gente para la CNI fue por una orden de él. En realidad pidieron de todas las instituciones. La única rama que retiró su gente fue la FACH, los otros siguieron trabajando. Nosotros pensamos que iba a haber un quiebre porque el general Matthei pasó a llevar una orden del Presidente.

—¿En qué forma?

—Cuando se solicitó gente nuestra para la CNI, la FACH se opuso pero luego salió una orden directa del Presidente de la República exigiendo que Matthei enviara gente. Con el problema de la dinamitada... se pensó que habría un quiebre. El mismo Alvaro Valenzuela, jefe de operaciones de la CNI, que quedó a cargo de nuestra gente, primero estaba muy prepotente y después tuvo que aceptar que ellos regresaran a la unidad de la FACH. Por eso mismo, después la Fuerza Aérea solicitó a todo el personal de seguridad que entregáramos toda la numeración de nuestro armamento. Para tener absoluto control y que nuestras armas no aparezcan mezcladas en un hecho delictual o algo raro que no tenga relación con la institución. Eso pasó hace como dos meses más o menos.

—¿Hubo otro momento de quiebre institucional que usted recuerde?

—Sí, debe haber sido en febrero o marzo, marzo es más seguro. Parece que, hubo un quiebre al interior de la junta, porque nosotros tuvimos que vigilar durante una noche el movimiento de los regimientos. Fue una sola noche al otro día se levantó la alerta.

—¿En qué lugar vigiló usted?

—Tuve que controlar con mis compañeros

el área de Independencia, el Regimiento Buin. Ver si había movimiento de camiones, cualquier cosa extraña. También debíamos estar alerta en mi unidad por si había movimiento desde Peldehue y El Salto.

—¿Ocuparon todo Santiago me imagino?

—Por supuesto. Se comentó después que se estaba esperando que Pinochet firmara un decreto que afectaba a la Fuerza Aérea y entonces nosotros íbamos a estar en contra de esa iniciativa. Quisimos evitar sorpresas como sucedió con el caso del general Leigh y por eso controlábamos por si había movimientos para destituir al general Matthei.

—Volvamos a lo personal, el adiestramiento que ustedes tienen ¿no los lleva a pensar que el tipo de trabajo que están haciendo es absolutamente anormal?

—Pienso que sí. Uno actúa, no piensa, sólo actúa. Queremos ser eficientes y por eso mientras menos huellas quedan mejor hecho está el trabajo que uno realiza.

—Para las protestas ¿no jugaban un papel?

—Nunca hemos participado. Hacemos un día común y corriente. La orden la impartió el general Matthei, él está muy preocupado de la imagen de la institución, quiere que la FACH desarrolle solamente su labor profesional y no pretenda más.

—¿En qué consiste su trabajo institucional?

—Básicamente en la defensa territorial, para eso fueron creadas las Fuerzas Armadas.

LA MAQUINA

—¿Ha matado a sangre fría alguna vez?

—No.

—¿Estaba usted realmente consciente del tipo de trabajo que hacía?

—Sí, hasta ahora.

—Pero... ¿se da cuenta?

—Sí.

—¿Cómo pudo hacerlo?

—Es una máquina que lo va envolviendo a uno hasta tal punto la desesperación como me ha ocurrido a mí ahora. Sé que en este momento me estoy jugando la vida. Yo sé que quizás mi familia no me va a acompañar.

Ni siquiera están de acuerdo con lo que he hecho, pero tenía que contarle. Me sentía mal, estaba asqueado. Como le decía, quiero volver a ser civil.

—¿Pero usted lleva diez años como agente de seguridad ¿no cree que de todas las balas que ha disparado...?

—Es muy probable porque he participado en varios tiroteos. Es muy probable...

—¿Ha torturado?

—Sí.

—¿En qué consistían esas torturas?

—Aplicación de corriente, golpes...

—¿Cómo se comporta usted como padre?

—Soy un mal padre.

—¿Por qué? ¿Les pega a sus hijos?

—No pero juego raramente con ellos.

—¿A qué lo atribuye?

—No lo sé. Creo que en todo este tiempo he empezado a mirar la vida de otra manera. Me he dado cuenta de la situación por la que he pasado. No quiero que mis hijos me quieran. Sé que cualquier día me van a matar y no quiero que sufran. Por eso soy así en mi casa. Incluso mis hijos quieren más a los tíos, cuando éstos llegan, mis hijos corren, los abrazan, los saludan... cuando llego yo, a veces corren y yo no les hago mucho caso. Los quiero, pero no en el sentido que debería ser...

—Pero usted ¿ha querido alguna vez a alguien? ¿Ha sentido cariño por alguna persona?

—Sí, claro que sí, pero tengo una forma muy particular de querer a las personas. No sé como explicarlo... prefiero que a mí no me quieran. Con mi familia soy muy distinto. No visito nunca a mis padres.

—¿Siempre fue así?

—No. Cuando era un muchacho me iba bien en los estudios. Era cariñoso, regalón de mis padres, a pesar que soy el hermano del medio, somos tres hermanos. Era muy sentimental, después todos esos valores los fui perdiendo.

—¿Y no se daba cuenta?

—Claro que sí y eso me producía conflictos.

—¿Cómo los solucionaba?

—No los solucioné nunca en realidad. Los dejaba pasar.

—¿Tiene resentimiento contra la institución?

—Contra ella claro que no. Contra los que me transformaron sí. Con los jefes que me llevaron a hacer lo que hice. Contra la institución no, tampoco contra las Fuerzas Armadas.

—¿Quiénes fueron esos jefes?

—Roberto Fuentes Morrinson.

—¿Cuándo lo conoció?

—El año 1974 en la Academia de Guerra. El no era de la FACH. Tengo la impresión que el año 1975 fue nombrado subteniente de reserva. El siempre dio a entender que antes estaba infiltrado en Patria y Libertad. En 1980 fue baleado, le pegaron dos balazos y lo ascendieron a comandante. En este momento es comandante de escuadrilla, de reserva claro. Le gusta mucho lucir el uniforme.

—¿Qué tipo de persona es Roberto Fuentes?

—Es alegre, siempre se le ve alegre, jovial.

—¿Siempre fue él el que ordenaba matar?

—Siempre salía en los operativos y era él que participaba con los jefes de Carabineros, de la Marina y del Ejército que trabajaban con nosotros. Dictaminaba a quién se mataba, por eso dudo que los jefes máximos de la FACH sepan qué pasó realmente.

—¿Está seguro que en este momento Fuentes no hace nada en la FACH?

—Nada a excepción que a veces trabaja con la CNI, pero porque él se ofrece para cooperar, hace contactos, favores personales. Ahí me enteré que en la CNI hay diversas unidades o agrupaciones. Una se llama la agrupación azul que se ocupa de los partidos políticos y así por cada área que tienen que trabajar: periodistas de oposición, sindicatos. Llevan años ya especializándose. Hay un área MIR, otra Partido Socialista. Partido Radical: incluso se hacen bromas entre ellos porque los que más trabajo tienen, son los que se ocupan del MIR.

—¿Tenía muchos amigos Fuentes?

—Tenía amigos en diferentes lugares. Por ejemplo uno de los que está detenido por la muerte de un obrero del POJH en Pudahuel, Joaquín Justo Piña Glamesti, era amigo desde el tiempo de Patria y Libertad. En una oportunidad fuimos juntos a la Municipa-

lidad de Pudahuel a hacer un trabajo. Buscábamos una persona, teníamos la dirección pero no lo podíamos ubicar en Pudahuel y fuimos a la Municipalidad. Cuando salimos Fuentes subió a un funcionario de la Municipalidad al auto y comentaron que había que ir a ver a Piña y Fuentes dijo: "Yo a mi gente no la boto, así que lo voy a ir a ver a la cárcel". Luego nombró a los otros que estaban presos con Piña. El que iba con nosotros en el auto le respondió que se acordara que habían trabajado muchos años juntos y "de ti aprendimos". Ahí me quedó claro que habían trabajado juntos y que también pertenecieron a Patria y Libertad. Siguieron conversando, hicieron alusión que Fuentes había sido autor de la voladura de un oleoducto durante la época de Allende.

AHORA, EL FUTURO

—¿Tiene miedo por su vida? ¿Ha pensado qué le va a pasar en el futuro?

—Ahora sí tengo miedo.

—¿Qué medidas ha pensado tomar para el futuro?

—No sé... dejo que el tiempo diga... no sé qué va a pasar conmigo.

—¿Sabe alguien que vino a conversar conmigo?

—Nadie, absolutamente nadie.

—¿Usted se acaba de graduar?

—Claro, tengo aprobado el curso. Me espera una nueva destinación. Tengo que graduarme mañana.

—¿Y lo va hacer?

—No. No voy a estar.

—¿Va a ser una sorpresa para todo el mundo...?

—Sí, para todos. Sé que va a ser un remecimiento fuerte dentro de la Fuerza Aérea con repercusiones en muchos lugares, en la CNI...

—Pero usted, ¿en ningún momento se pudo oponer a ejecutar su trabajo?

—Tenía 18 años y quería saber, nunca había estado con prisioneros y quise ir a ver. Le puedo decir que dentro de los servicios hay gente joven que llegó como yo y que se metió tanto en la violencia que creo

que ahora no pueden vivir sin violencia.

—¿Y qué pasará si quedan sin trabajo?

—Por eso hay muchos casos de delincuencia. Carabineros que han sido sorprendidos asaltando servicentros. No sé, creo que después de esto cuesta entrar en el mundo de la ley.

—¿Pensaba usted, que estaba por sobre la ley?

—Siempre pensé que estaba por sobre la ley... bajo ella.

—¿Se sentía muy poderoso?

—Yo no. Pero a veces sí, tiene razón, poderoso, no yo como persona, el sistema lo encontraba poderoso.

—¿Eso lo llevaba a ser prepotente en su casa?

—No. Nunca he sido prepotente ni peleador. En ese aspecto hasta he sido cobarde para pelear con otra persona de igual a igual. No me dominó la violencia hasta ese extremo.

—¿A otros compañeros suyos sí?

—Ya le dije que no quiero dar los nombres de mis compañeros. Un día venía con un colega, en auto, habían atropellado una persona, estaba debajo de la micro hecha pedazos. Nosotros veníamos comiendo un sandwich y él pasó en el auto muy despacio. Noté que gozó con el espectáculo. Yo miré y volví la cara. Había visto muchos muertos pero me impactó esa escena, no tanto el muerto, sino mi colega. El siguió comiendo y era muy sano. Y eso es lo que creo que me ha llevado a hacer lo que estoy haciendo con usted. Me he dado cuenta del cambio que hemos tenido desde que éramos conscriptos, pavos algunos, otros tontos, sin mundo.

—¿Qué hace en sus horas libres?

—No me gusta llegar a mi casa. Leo mucho. Me gusta leer. Antes me gustaba mucho jugar fútbol después dejé de ir a la cancha.

—¿Qué le habría gustado hacer en la vida?

—No lo sé. No lo he pensado nunca.

—¿No recuerda lo que quería ser cuando usted era un adolescente?

—Aunque le parezca irónico: policía, detective, carabinero también.

—¿Qué le gustaría que fueran sus hijos en el futuro?

—Doctor, cualquiera de los tres.

—Cuando veía usted a un médico que era del servicio y que participaba de esos trabajos, ¿qué sentía?

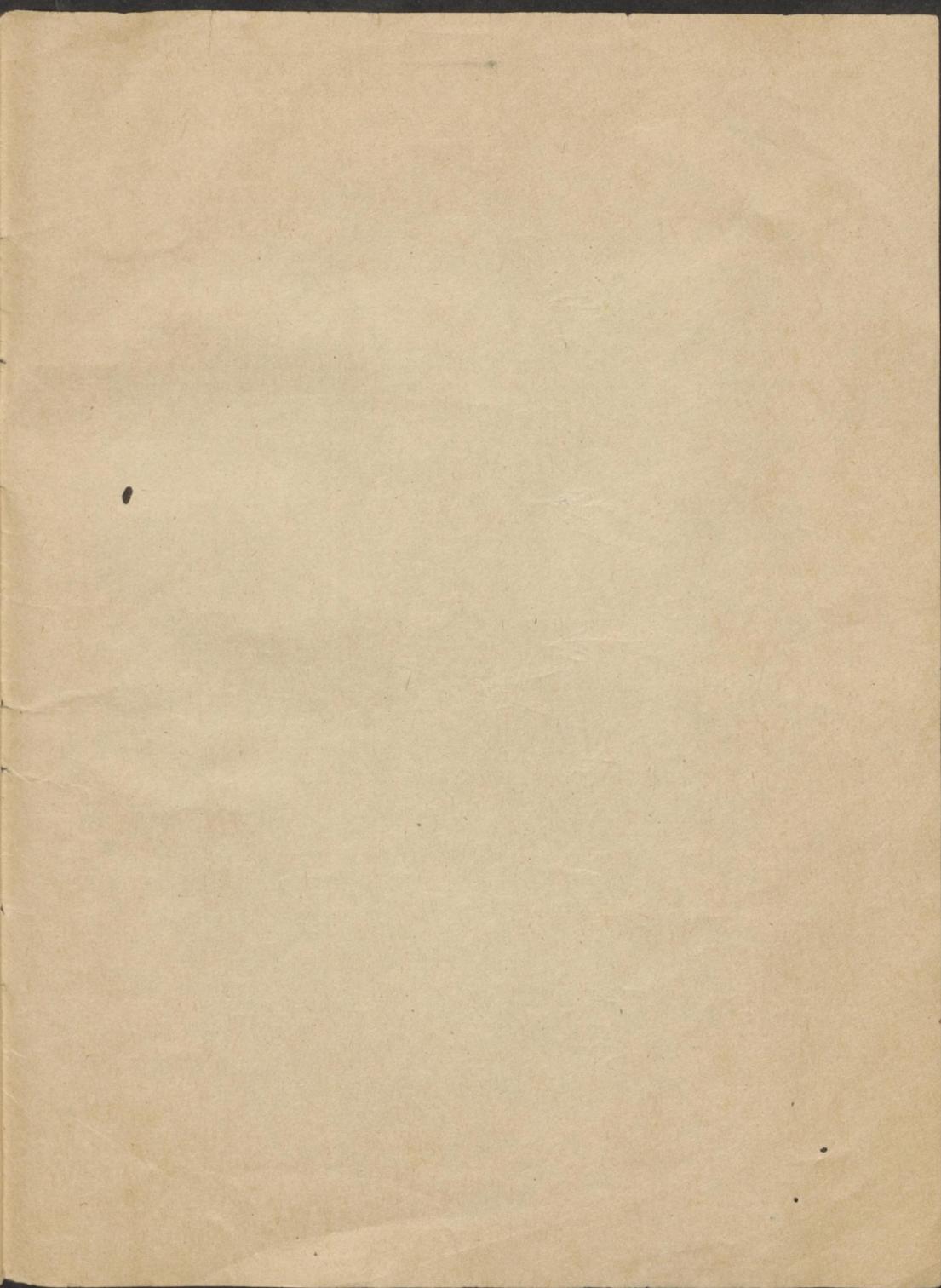
—Vi un médico poniendo pentotal, eso me impactó.

—¿Dónde lo vio?

—En Colina. No sé qué médico era. No recuerdo. Se la puso al "Quila". (Miguel Rodríguez Gallardo) ... fue hipnotizado también... no hubo caso. Por eso le digo que es una de las personas que nosotros considerábamos enemigos que yo admiré, por su

temple, su valentía, sus convicciones. A veces nos quebrábamos nosotros al lado de él cuando veíamos cómo le daban. El siempre estuvo entero.

Yo diría que al principio cuando uno empieza, primero llora, escondido, que nadie se dé cuenta. Después siente pena, se le hace un nudo en la garganta pero ya soporta el llanto. Y después, sin querer queriendo, ya se empieza a acostumbrar. Definitivamente ya no siente nada de lo que se está haciendo.



81-70